

Nepal, tras la revolución de abril /

Entre la esperanza y el escepticismo

Soplan aires de cambio en el Himalaya. La revolución del pasado mes de abril ha traído consigo un acercamiento de las fuerzas políticas democráticas y la guerrilla maoísta, y ha relegado al rey Gyanendra a un último plano. Es el comienzo de un proceso de paz que puede desembocar en la proclamación de una república, aunque todavía tiene que hacer frente a multitud de factores adversos que acechan en la jungla y en los despachos. Hemos visitado a la guerrilla, conversado con líderes de las diferentes tendencias, y comprobado la situación general del país para analizar este nuevo escenario.

Zigor Aldama

El estrecho sendero discurre entre una frondosa plantación de maíz. Las lluvias típicas del monzón han convertido el camino en un lodazal por el que es complicado moverse. El calor es intenso, pero a Samjhana parece no importarle. Ni siquiera suda. Se mueve con agilidad en sus chancletas chinas de plástico. El traje de camuflaje hace difícil divisar su figura en cuanto se aleja unos pocos metros. Un centinela apostado al final de la plantación se cuadra ante su presencia, sujetando el M-16 con la mano izquierda. Samjhana asiente levemente con la cabeza, y el soldado del Ejército Popular de Liberación de Nepal, más conocido como guerrilla maoísta, vuelve a concentrar su mirada en el horizonte. Cubre una de las cuatro esquinas que delimitan un inmenso arrozal en el que todo un batallón se afana en plantar arroz junto a los pobladores de unas aldeas cercanas, gente que sobrevive con menos de dos euros al día, y que hace frente a una de las mayores tasas de pobreza del mundo.

Desde el resto de ángulos rectos del cuadrilátero, en la distancia, los vigías saludan a su líder. Samjhana, subcomandante de la región de Dang, una de las más pobres del país, no

duda en descalzarse y hundir sus piernas en el barro para acompañar al resto de la tropa en la labor. Mujeres, hombres, y niños, codo con codo, van convirtiendo el terreno marrón en una tupida alfombra verde. No importa el sexo, ni la casta, los maoístas no hacen distinciones. El movimiento del EPL nace de la necesidad de un pueblo sumido en la miseria y, ahora, cuando la paz se vislumbra en el horizonte, no duda en dejar las armas para colaborar en las tareas necesarias para la supervivencia de su gente. “Lo que haga falta para conseguir que el número de niños que sufren desnutrición severa, y que es muy elevado, sea equiparable al de otros países más avanzados”, comenta Samjhana. A pesar de los radicales cambios que la revolución del pasado mes de abril ha traído consigo, a los guerrilleros todavía les cuesta esbozar una sonrisa. “Todavía queda un largo camino por delante, y muchas cosas pueden salir mal. Por si acaso, seguimos con los fusiles a punto”.

En Katmandú, sin embargo, el optimismo impregna el ambiente. Las risas se multiplican por las calles y se respira un orgullo popular sin precedentes en Nepal. Hace ya tres meses que más de un millón de personas se echó a la calle, de forma pacífica, para exigir la restauración de la democracia, un sistema que se desvaneció del país del Himalaya cuando, el 1 de febrero de 2005, el rey Gyanendra dio un autogolpe de estado para convertirse en soberano absoluto. “El movimiento de abril es un ejemplo para el mundo; un ejemplo de cómo un pueblo puede cambiar el rumbo de su país sin disparar una sola bala”, explica Narayan Wagle, editor jefe del Kantipur Daily y uno de los periodistas que más activamente apoyó la revolución a pesar de la censura impuesta por la corona.

Cambios drásticos

“Durante dos semanas, Nepal ocupó un lugar destacado en los medios de comunicación de todo el mundo, pero, cuando las movilizaciones cesaron, todos los periodistas internacionales se fueron, y es ahora cuando comienza lo realmente interesante”, comenta Kanak Dixit, director de Himal South Asia, uno de los semanarios más influyentes del país. “El país ha dejado de ser el único estado hinduista del planeta para convertirse en un territorio aconfesional, y el Ejército ha cambiado su denominación para deshacerse de la

palabra 'real'. Los soldados sirven al pueblo, y no al monarca. Ahora, Nepal está buscando su camino para convertirse en un estado moderno; está viviendo su Revolución Francesa”, añade. Y, en esa búsqueda, muchos cuestionan la necesidad de mantener a un rey mayoritariamente odiado y que ha demostrado estar en contra de cualquier reforma democrática.

Los líderes políticos de la alianza de los siete partidos, el principal bloque político del país, no dudan en afirmar que este proceso de paz que comienza ahora no tiene vuelta atrás. “Desde el gobierno, hay un deseo de reconciliarse con los rebeldes maoístas y aceptar la mayor parte de sus exigencias para que se incorporen al parlamento y ayuden a redactar la nueva constitución”, asegura Suresh Chalise, consejero nacional del Primer Ministro, en la primera entrevista concedida a un medio internacional. “La única condición que ponemos es que acepten el resultado que salga de las urnas, les guste o no”. Chalise, personalmente, está a favor de una monarquía ceremonial. “Nepal ha sido un reino desde hace más de dos siglos, y creo que se debería mantener la figura del rey como algo meramente testimonial, como un símbolo más. Pero, si el pueblo decide que nuestro país ha de convertirse en una república, lo aceptaremos sin problema”.

El interrogante reside en si el rey y los elementos de ultraderecha que lo acompañan aceptarán tal cambio. “Sin duda, la gente aún teme que Gyanendra vuelva a tomar el poder con la ayuda de elementos extremistas del Ejército, aunque cada día que pasa esa posibilidad se vuelve más remota. Si, ahora que los nepalíes acarician la paz, el rey volviera a utilizar la fuerza, el pueblo se volvería a echar a la calle, pero esta vez armado”, asegura Sushil Pyakurel, ex director de la Comisión Nacional para los Derechos Humanos y un hombre que participó activamente, desde el exilio, en la preparación de la revolución de abril. “Para que al rey y al Ejército no se les ocurra volver a intentar hacerse con el poder, es necesario que las potencias extranjeras nos dejen elegir nuestro futuro sin interferencias, y menos aún apoyando el absolutismo que lidera Gyanendra”.

Suresh Chalise, sin embargo, pide la intervención extranjera para colaborar en la creación del nuevo Nepal. “Creemos que las experiencias de otros países pueden ser de gran ayuda

para nuestro país. Y, por ello, esperamos que grandes potencias, como Estados Unidos, India o China aporten su conocimiento y nos ayuden a acelerar el proceso de paz. Nuestro Primer Ministro, además, ha pedido oficialmente la intervención de Naciones Unidas, para conseguir que durante las próximas elecciones la guerrilla no cometa atentados y que el Ejército se quede en los cuarteles”. No obstante, la mayor parte de organizaciones nepalíes coincide en que la intervención extranjera puede llegar en detrimento de la independencia del país. Bimal Adhikari, representante de INSEC, organización para la negociación entre el gobierno y la guerrilla, desconfía de los intereses de los actores extranjeros. “India, por ejemplo, siempre ha tratado de controlar nuestros recursos acuíferos, y no ha dudado en imponer un embargo para obtener lo que quería. Estados Unidos ha apoyado al rey en muchas ocasiones, y su política exterior deja bastante que desear. China no desea participar y la ONU es inoperante”.

Diferencias abismales

El año que viene, Nepal se enfrentará a la creación de la asamblea constitucional de la que tiene que salir la nueva Carta Magna del país, el primer paso para que se celebren elecciones democráticas. “Queremos que estén todos, incluidos los maoístas. Porque este país necesita líderes políticos como Prachanda. Desde el gobierno, haremos todo lo posible para que el Partido Maoísta sea legalizado y participe de este glorioso momento”, explica Chalise.

Pero, fuera de la capital, la apertura gubernamental y el anhelo de paz de la guerrilla no se perciben de forma tan rotunda. En pequeños pueblos a lo largo y ancho del país resulta difícil abandonar el rencor enquistado que dura más de una década y que se ha cobrado más de 14.000 vidas. “Las órdenes de los ideólogos maoístas, como Prachanda o Mahara, no llegan muy lejos. Se quedan en la capital y, mientras tanto, en las zonas rurales poco o nada cambia. Y, por otro lado, el aparato político de la guerrilla está tan ocupado en cambiar su doctrina, que ha dejado de lado la consecución de proyectos destinados al desarrollo. Y, en estos momentos, es muy difícil negociar con sus líderes locales. Los maoístas no están preparados para la Democracia, porque el sistema que ellos proponen,

el de la República Popular, es justo lo opuesto”, afirma XXXXXXXX representante del gobierno en Gorahi, uno de los pueblos más conflictivos del centro del país.

‘Diamond’ es el pseudónimo de uno de esos líderes locales maoístas, y rebate con dureza las declaraciones de XXXXXXXX: “Si por algo luchamos es por la auténtica democracia, por el final de la corrupción y por el desarrollo de nuestro pueblo. Mientras tanto, a los políticos del gobierno se les llena la boca con la palabra democracia igual que se llenan sus bolsillos gracias a los sobornos. Y eso no es aceptable. Para que la revolución de abril, que no fue comandada por un partido sino por todas las fuerzas excepto el Ejército y la corona, sea exitosa, es necesario hacer borrón y cuenta nueva. Que nazca una nueva clase política que no esté corrompida y no responda a intereses ajenos a Nepal. Si no lo conseguimos, este país seguirá engullido por la miseria”.

La cruda realidad

Mientras los políticos discuten sobre el futuro sistema del país, miles de personas demandan medidas concretas para resolver su situación. Son los desplazados internos, las víctimas olvidadas de esta guerra civil. “Se habla de paz, de reconciliación, pero a nosotros no nos menciona nadie. Se discute sobre cómo pueden los maoístas dejar las armas, sobre el proceso de paz, pero nadie sabe qué hacer con nosotros”, se queja Laxmi Nurung, una mujer que tuvo que abandonar el distrito de Rulpa cuando el Ejército le expropió todos sus bienes. Ahora vive en el campo de desplazados de Lalatiya, hacinada junto a otras 73 familias en unas condiciones lamentables. Las chabolas en las que residen no aguantan la embestida de las lluvias del monzón, y el barro se cuele por doquier. “No tenemos acceso a servicios médicos, y ya han muerto varios niños por enfermedades que en cualquier otro lugar tienen cura”, añade. El gobierno les prometió, hace cinco años, unas compensaciones económicas que nunca han llegado, y que son necesarias para volver a empezar, porque, en lo que todos coinciden, es en que a sus lugares de origen no pueden volver: “ya no nos queda nada allí, y no seríamos capaces de reencontrarnos con nuestros verdugos”.

Entre las familias que residen en el lodazal de Lalmatiya hay damnificados de ambas partes. Expropiados por el Ejército y amenazados de muerte por la guerrilla. “Pero aquí no hay diferencias, somos todos víctimas inocentes”, explica Dharma Raj, un joven que tuvo que abandonar sus tierras en una colina cercana porque su padre había trabajado en las Fuerzas Armadas. La guerrilla lo desterró en cuanto se supo. “Por si fuera poco, los desplazados somos utilizados como mano de obra barata, a la que no importa explotar. Nuestros niños trabajan en el campo, o sirven en otras casas para sobrevivir, y muchas chicas han sido víctima del tráfico de personas hacia India. Por aquí han pasado muchas personas prometiendo esto y lo otro, pero nadie ha materializado sus promesas”.

La pobreza del campo de Lalmatiya no es aislada. Se hace evidente en decenas de hospitales, escuelas y poblados diseminados por todo el país. Las raíces del conflicto se personifican en niños desnutridos, muertes prematuras y una total falta de infraestructuras. Viajar por Nepal es retroceder en el tiempo hasta la Edad Media. Salvo Katmandú y Pokhara, los mayores centros urbanos, el resto de pueblos son meras agrupaciones de viviendas de adobe situadas a horas del camino más próximo. “Lo principal es atajar la pobreza de Nepal”, comenta Narayan Wagle. “Si no se logra, la democracia no traerá la paz a nuestro país, porque el elemento que ha desencadenado esta guerra seguirá vivo. En cuanto se redacte la nueva Constitución, y se forme el parlamento, las fuerzas políticas deben dar una solución a este problema. De otra forma, no haremos más que volver a empezar, con mal pie”.

Despiece 1: “Estamos preparados para dejar las armas y unirnos al juego democrático”

Krishna Bahadur Mahara / Portavoz y líder de las negociaciones de la guerrilla maoísta

Ésta es la tercera entrevista que Krishna Bahadur Mahara concede a un medio internacional, y en su rostro se evidencia el poco agrado que le producen los periodistas. “Todavía somos un movimiento clandestino, y nuestras apariciones en prensa son siempre motivo de controversia”. La primera aseveración se hace patente en lo austero y

precario del despacho en el que discurre esta cita, situado en algún punto de la capital nepalí, Katmandú. Como único adorno, en la pared cuelga un deslucido retrato del máximo líder de la guerrilla, “y gran amigo”, Camarada Prachanda. A través de la ventana se puede ver una frondosa vegetación, y por ella llega el sonido de las gallinas, los perros y todo tipo de aves.

Encima de la mesa, un barato teléfono rojo no deja de sonar. Mahara se expresa con celeridad y frases breves. Es evidente que da órdenes. Cuando decide descolgar el aparato para obtener la tranquilidad necesaria para el diálogo, sus ojos buscan al periodista con una mezcla de inquietud, desconfianza y apremio. No hay tiempo que perder.

- **¿En qué ha cambiado la situación política de Nepal con la revolución de abril?**
- Se ha abierto un camino de esperanza, una posibilidad para acabar con el feudalismo que atenaza nuestro país. El pueblo ha demostrado su fuerza, ha dado la cara al rey y al Ejército, y ha abierto la posibilidad de que Nepal se convierta en un país realmente democrático y, más importante aún, de que en él sólo reine la paz.
- **¿Quiere decir que no aceptarán la monarquía como sistema?**
- Nuestro ideal es la República Popular, pero, por encima de él está la democracia. Si el pueblo decide que Nepal ha de ser una monarquía, lo aceptaremos. En cualquier caso, la pregunta más importante debería hacérsela a Gyanendra: ¿está él dispuesto a dejar el trono si el pueblo lo exige en unas elecciones libres? Nosotros trabajaremos para que los nepalíes se den cuenta del daño que este rey ha hecho a nuestro país, y de lo absurdo que resulta para un pueblo como el nuestro mantener una institución tan costosa y que tan poco aporta.
- **¿Supone eso que colaborarán en la redacción de la nueva Constitución del país?**
- Nuestro objetivo es negociar con todas las fuerzas políticas para obtener una Constitución que se adapte a las necesidades del país, porque somos conscientes

de que hay más ideologías que la nuestra, y tenemos que trabajar juntos los demócratas para sacar a Nepal de la pobreza crónica en la que está sumido.

- **Sin embargo, el gobierno no desea negociar con un grupo guerrillero. ¿Estarían dispuestos a abandonar las armas para colaborar en la Asamblea Constitucional?**
- En este momento estamos preparados para dejar las armas y unirnos al juego democrático. Consideramos que se dan las circunstancias necesarias para dar comienzo a un proceso que debería acabar con la integración de nuestro Ejército Popular de Liberación en la vida civil, y la pacificación de este país.
- **¿Qué papel tendría el Camarada Prachanda en esa nueva coyuntura democrática?**
- Eso es algo que todavía no se ha decidido y que, si lo hubiésemos hecho, no podría desvelarlo. Lo que sí puedo adelantar es que Prachanda jugará un papel esencial, y activo, en la construcción del nuevo Nepal y que, si se dan las condiciones necesarias, saldrá a la luz para convertirse en un líder político.
- **¿Qué opina de la posibilidad de una mediación internacional en Nepal?**
- Quisiera pedir a todo el mundo que, en primer lugar, nos dejen tratar de solucionar nuestros problemas internos, solos. En el caso de que seamos incapaces, que lo dudo, estaríamos dispuestos a considerar una mediación internacional. Hasta entonces, por favor, déjenos tranquilos.
- **En 1990, Nepal instauró por primera vez un sistema democrático. Y, sin embargo, Ustedes comenzaron la lucha armada. ¿Qué garantías tienen los nepalíes de que ahora sí abandonarán las armas?**
- Aunque lo llamaron así, eso no fue democracia. Ni las elecciones eran libres, ni lo eran los gobernantes que de ellas salieron elegidos. La mano del rey y del Ejército estaba siempre detrás. No sirve con llamar democracia a un sistema, realmente ha de serlo. Y nosotros no dejaremos de luchar hasta que así sea. Pero, ahora mismo, tenemos grandes esperanzas puestas en la nueva Constitución...
- **Algunos gobiernos los tildan de terroristas mientras que en Nepal se los considera una fuerza política. ¿Fuera no se entiende la realidad nepalí?**

- En realidad, la denominación de ‘terroristas’ se la debemos a la Administración Bush, que difícilmente comprende ninguna realidad en el mundo, ni siquiera la suya. Es más, yo diría que, si tenemos en cuenta sus acciones alrededor del planeta, ellos son los que siembran el terror allá donde van. Nosotros luchamos por la liberación del pueblo oprimido y depauperado, y contamos con un amplio respaldo popular. Si hemos utilizado la fuerza armada, y la mantenemos, es porque este país ha estado en manos de señores feudales a los que poco les importa el pueblo al que gobiernan. En el momento en que eso cambie, no tendremos problema en dejar las armas.
- **¿Cómo pretenden acabar con la pobreza de Nepal?**
- No tiene más que recorrer el país para darse cuenta de que nuestro territorio es rico en recursos. El problema es que esa riqueza no llega ni a los obreros ni a los campesinos. Se queda en los bolsillos de ministros, gobernadores locales y empresas internacionales. Acabar con la corrupción es vital.

Despiece 2: “Buscamos la igualdad de hombres y mujeres, y la abolición del sistema de castas”

Samjhana / Subcomandante del EPL en la región de Dang

A pesar de ser mujer, considerada un ser inferior en la sociedad tradicional nepalí, Samjhana no necesita levantar la voz para que sus soldados obedezcan. Se ha ganado el respeto de la tropa en el campo de batalla, al igual que hizo su marido, muerto en una acción armada. Camina decidida al frente de su pelotón, por estrechos caminos y pequeños poblados en los que los maoístas son recibidos con aplausos. El único signo de fuerza que se encuentra en ella es la pistola que lleva enfundada a la cintura.

No es habitual que la guerrilla maoísta permita a uno de sus soldados hacer declaraciones a la prensa, ya que, en muchas ocasiones, las opiniones de los ideólogos difieren de las de quienes pisan el terreno. Sin embargo, Samjhana accede a hablar con nosotros.

- **Se les acusa de hacer caso omiso de las órdenes que llegan de Katmandú y continuar con la guerra por su cuenta.**
- El hecho de que se haya abierto una puerta a la paz no quiere decir que todos los problemas se hayan desvanecido en un segundo. Aún no podemos decir que nunca volveremos a disparar. El Ejército continúa persiguiéndonos y atacándonos, y nuestra misión es defender al pueblo. Mientras exista la amenaza, seguiremos empuñando nuestras armas. Pero, nosotros recibimos órdenes claras de nuestros líderes, y las llevamos a la práctica. No existe la insubordinación en nuestras filas.
- **Resulta sorprendente verles arando los campos, plantando arroz, y dando tratamiento médico a los habitantes de los pueblos.**
- Somos habitantes de esos pueblos, y hasta hace una década nos dedicábamos exclusivamente a la agricultura y la ganadería. Ahora no es diferente, sólo que vestimos traje de combate y tenemos los fusiles preparados por si nos atacan los opresores.
- **También resulta llamativo encontrar a tantas mujeres en sus filas.**
- El sistema que buscamos implantar promulga la igualdad de hombres y mujeres, así como la abolición del sistema de castas, que hace imposible la implantación de la democracia. Todos los seres humanos debemos tener los mismos derechos, independientemente de nuestra procedencia, religión o sexo. Por eso, en mi pelotón encontrará todo tipo de gente, con un nexo en común: están hartos de la corrupción del gobierno y de la miseria en la que viven.
- **¿Qué cree que debería hacer el rey Gyanendra?**
- Marcharse de aquí. No lo queremos. Es la mayor amenaza para la paz en Nepal, y una lacra para nuestra economía. Ya no buscamos matarlo, sólo queremos que permita que nuestro país resurja de las cenizas en las que él lo ha convertido. Y, para eso, sólo puede tomar un camino: el exilio. Pero creo que todavía cabe la posibilidad de un nuevo golpe por su parte. Si eso sucede, nada habrá cambiado en Nepal y nos veremos obligados a seguir luchando.